

suerte, está siempre á favor nuestro; y acudiendo á Ella en nuestras necesidades espirituales y temporales no podremos ménos de vernos libres de los males que nos afligen, y obtener los bienes que necesitamos.

Comprendamos, pues, amados hermanos, los numerosos é inmensos beneficios de la aparicion de Lourdes. ¡Ah! si en todos los siglos de la redencion no ha habido persona, ciudad, pueblo ó desierto, á la cual la celestial bienhechora no haya socorrido ó no socorra, hoy, que con la aparicion de Lourdes nos ha dado un nuevo motivo para confiar en sus misericordias, abramos el corazon á la confianza. En medio de las horrosas tinieblas que sobre nosotros arremolina el impetuoso viento precursor de la tormenta, tengamos un rayo carísimo de esperanza en el patrocinio de Maria. Por consiguiente, acerquémonos con confianza á este trono de gracia; procuremos reanimar en nosotros la fé, pensando que tenemos una Virgen tan poderosa como elemento, ante la cual nuestras súplicas jamás serán confundidas; supliquémosla con fervor, con sinceridad, con constancia, y sin duda experimentaremos los efectos de su maternal proteccion.

NUESTRA SEÑORA DE LA LUZ.

Ego feci ut oriretur lumen indeficiens.

Yo hice nacer una luz que jamás faltase.

(Eccl. XXIV, 6.)

Cesen ya tus lágrimas y clamores ¡Iglesia santa! calma las ansias y tristezas de tu afligido pecho. Patriarcas desconsolados, llenaos de regocijo; Profetas celosos, cambiad vuestras liras y cantares tristes en cítaras de placer; justos y afligidos, universo todo, envuelto en el negro velo de tinieblas, de ignorancia y miserias, levanta tu cabeza hácia los montes de Sion. Amanecido há una luz grande; llegada es ya la plenitud de los tiempos, el cumplimiento de los oráculos, la consumacion de las venganzas de un Dios terrible y enojado; salida es ya la Paloma del Arca, que en breve ha de traer el ramo verde del olivo en su pico, señal de paz y de triunfo; y en suma, llegado es ya el término de esa oscura noche de terror y de muerte.

El Hijo del Eterno Padre se ofrece á pagar nuestra deuda, y en el exceso de sus misericordias inclina los Cielos de su grandeza. Se viste de nuestra naturaleza en las entrañas de una Virgen, y esta vara fecunda de Jesé produce aquella flor sublime, al Pacificador de los Cielos y la tierra. ¡Recuerdos felices! ¡memorias lisonjeras! vosotros derramáis sobre un pueblo redimido un cáliz de placer, y lo inundais en un piélago de delicias.

Congratulémonos, pues, hermanos míos; enjuguemos nuestras lágrimas, cantemos sin cesar las misericordias del Altísimo, y publiquen nuestros lábios en todas las generaciones, que ha sido fiel en sus promesas; porque vimos pasarse aquella noche, y amanecer la cándida luz, la brillante aurora, precursora del divino Sol de justicia; aquella resplandorosa luz, cuyo resplandor disipó las miserias y tinieblas en que estaba sepultado el mundo desde su origen; aquella Mujer fuerte,

cuyo valor quebrantó la serviz á la seductora serpiente; aquella sublime criatura, iris de paz y de reconciliación del universo con Dios; aquella segunda Eva, pero sin mancha, prometida desde el origen de los siglos al hombre prevaricador para romper sus cadenas.

¡Desgraciados tiempos y generaciones que no gozaron tal ventura! Nosotros, nacidos en el claro tiempo de la gracia, tocamos el día de la benignidad. Si; las desgracias, que á manera de torrente se agolparon sobre la raza proscrita de los hijos de Adán, y los hicieron infelices por cuarenta siglos, desaparecieron de este valle de tinieblas al momento que rayó sobre nuestro horizonte la Aurora esplendorosa de María. Celebremos, pues, nuestra dicha, y en particular celebradla vosotros, piadosos devotos, que en este día y en este santo templo ofreceis á esta resplandeciente luz los más puros homenajes de vuestros corazones, dando á esta ciudad y aún al mundo entero, un testimonio de vuestra religion y vuestra gratitud á la Señora. Contempladla todos, amados míos en el Señor, y coronadla con una diadema más preciosa que la del rey Salomon; llenad los aires de cantares alegres, resuene este templo en cánticos de loor; suba por sus altares el humo del incienso y de los aromas de adoración, y preconicen mis labios las glorias de esa vuestra ínclita protectora; manifestándoos que María fué para el mundo una Luz inextinguible que disipó las tinieblas de la noche de la culpa. Ved el asunto, católicos; pidamos el acierto: A. M.

Para entender con cuanta verdad se llamó María la Luz inextinguible que disipó las tinieblas de la noche de la culpa, demos una sencilla ojeada por aquellos siglos anteriores á su nacimiento, y los veremos sepultados en una lobreguez espantosa. El universo, en la caída de nuestro primer padre, quedó tal, cual queda todos los días respecto de la luz material, luego que le falta el sol que le alumbraba. A la manera que cuando éste se oculta en el Occidente y espira el día, la naturaleza entera queda como extinguida, y se cubre de negras sombras y tinieblas la tierra, brillando solo con una escasa luz por toda la region celeste estrellas remotísimas; desapareciendo la hermosura del órbe, el esplendor y magnificencia de las ciudades, la amenidad de los campos, el vigor y lozanía de las plantas, la belleza de las flores, la alegría de los seres, observando todo un silencio lúgubre; al paso que los monstruos y fieras salidas de sus madrigueras atemorizan la tierra con horrorosos silbos, bramidos y anllidos, yaciendo los hombres en sus casas como muertos en brazos del

sueño; tal sucedió en la caída del primer hombre. Su crimen le dió á conocer que había llegado el ocaso de su felicidad, y había hecho su fatal entrada la noche de miserias y trabajos. Vistióse su desnudez con unas hojas de higuera: ¡cuán diferente adorno del que hasta entonces había tenido sobre sí! Desapareció la hermosura de la tierra, la amenidad, vigor y belleza de sus frutos, quedando estéril para éstos y solo abundante para producir abrojos y espinas. Su alma, ya sin la gracia y atavíos preciosos con que la adornára el Altísimo, huyó á esconderse de su presencia. Todas las pasiones del cuerpo y los animales todos, que en el claro día de la inocencia le vivieran sujetos, se rebelaron en la noche del pecado y declararon guerra á todos los mortales. Dios se apartó del hombre, y le abandonó á sus propios caprichos y devaneos, siguiéndose una noche de horror. El hombre á la par que se alejaba de su origen, perdía la idea de su Dios y se envolvía en mayores tinieblas. Los delirios más extravagantes se abrazaron con horrible entusiasmo, las maldades más enormes y nefandas pasaron por virtudes.

Solo en un rincón de la Judea se adoraba más con los labios que con el corazón al verdadero Dios. Solo un cortísimo pueblo circunciso, en paralelo con el resto de los mortales, gozaba un religioso comercio con Dios, y le veneraba entre oscuras sombras, y le era depositario de sus oráculos, de sus misterios, de su alianza. Si, católicos, todavía se hallaba el mundo en su niñez, y ya la tierra regada de sangre clamaba venganza contra un fratricida. A la vez que los días se multiplicaron los delitos; cada siglo añadió mayores delirios; la enfermedad se propagó con espantosa rapidez; toda carne corrompió sus sendas; y la razón-enflaquecida y llena de tinieblas se alejaba más y más de la verdad. El Criador de todo fué olvidado, desatendidas y despreciadas sus promesas, y para poner fin á tanto desvario, sumergió en las aguas á esta raza proscrita. Empero, este castigo no sanó la enfermedad del corazón, ni pudo contener la corrupción del hombre. Por manera, que la tierra, saliendo del seno de las aguas, tornó en breve á verse poblada de delincuentes, que añadieron el fanatismo á la idolatría. Los descendientes de Noé pusieron desde luego los ojos en esos globos luminosos que circulan sobre nuestras cabezas, creyendo que la deidad residía en esas antorchas benéficas; y el hermoso espectáculo del universo que debía traerlos al conocimiento del legítimo Dios, les hizo olvidar y alejarse más y más del Sér Supremo. La edificación de una torre que llegase hasta el cielo, nos descubre el progreso del orgullo y los fátuos desatinos á que se

precipitó la razón. El trastorno y el desorden adelantaron sus pasos, y llegó el hombre á adorar como divinidades sus mismos excesos y pasiones, colocando sus imágenes en los altares. Incensó al adulterio y al incesto, levantó templos al amor impuro, y las ceremonias más augustas no fueron otra cosa que fiestas licenciosas. Inficionóse todo el órbe, autorizó el Imperio, y la majestad de las leyes hizo ser respetable esta demencia con la magnificencia de los templos, con el aparato de los sacrificios y con la inmensa riqueza de los simulacros. Las ciudades, los montes, los campos, los desiertos, todos, todos se mancharon, y vieron los soberbios edificios consagrados al orgullo, á la venganza, á la embriaguez, á la obscenidad y á la avaricia.

La Grecia, más viciosa aún que ilustrada, no hizo más que multiplicar y adornar altares del infierno: toda su elocuencia no proponía sino fábulas y pinturas obscenas. Roma, en fin, la primera de todos los pueblos y esclava de todas las supersticiones, adoptó estos cultos insensatos y sacrilegos; llenó su recinto de extranjerías deidades; vió levantar altares á los ídolos de los pueblos subyugados, que más servían de monumento público de su locura y ceguera que de sus victorias: fundó la duración de su imperio en la variedad de sus oráculos, agoreros, arúspices y pitonisas, mirando como pronóstico de los sucesos futuros el vuelo de las aves. Naciones enteras llegaron á hacerse salvajes, sin artes y sin ciencias; otras, á la infame crueldad de sacrificar sus hijos á los demonios; otras, á presentar en platos por vianda la misma carne humana; otras, en fin, á otros excesos que no pueden referirse sin afrenta de la humanidad. La diversidad de cultos, de costumbres, de países, de idiomas y de intereses, parece que había diversificado entre ellos la misma naturaleza; pues apenas se conocían mutuamente por la figura de hombres, que era la única señal de unión que les quedaba. Exterminábanse como bestias feroces, ponían su gloria en despoblar la tierra de sus semejantes, y levantar en triunfo las cabezas ensangrentadas. En una palabra, el mundo entero no era más que un teatro lúgubre que ofrecía por do quiera las escenas más insensatas y sangrientas. Tal fué, señores, la noche oscura en que se envolvió el linaje de los hombres, á la manera de aquella que el Egipto castigado por Dios experimentó en el medio día, pues las tinieblas le aislaron de tal suerte, que ver no podía ni aún el suelo que pisaba. Y al modo que entrada la noche van amaneciendo y ocultándose los planetas que indican en qué horas está la noche, así en la marcha de esta noche moral fueron amaneciendo los patriarcas y profetas que señalaron con sus vaticinios al

universo, en que estado estaba aquella, y cuánto restaba para ver la luz, mil y mil veces suspirada.

Amaneció por fin María, y cual astro esplendoroso, disipó aquellas densas nieblas, terminó aquella noche tenebrosa, y los mortales todos empezaron á despertar de su pesado letargo, y á sacudir los errores de la ignorancia y de la esclavitud, que por tantos siglos le causaron lágrimas. ¡Feliz ventura! Sí; el universo todo respira al amanecer María. El pueblo que caminaba en lobreguez, divisa en María una luz grande; vé la estrella de Jacob y el lucero de la mañana. ¡Oh, y cuán hermosa se levanta esta Aurora en el firmamento de la Iglesia! ¡Cuán rica de luces celestiales! ¡Cuán brillante y festiva! Los ángeles, sorprendidos de admiración al verla, se preguntan con entusiasmo: ¿quién es esta que asoma al mundo como una grande luz que disipa las tinieblas? ¿Quién ha de ser? ¡oh sublimes espíritus! os diré con San Pedro Damiano: una Virgen, que es el compendio de las maravillas de Dios; la obra más perfecta y excelente de su diestra soberana, que solo el que la formó le excede en perfección y hermosura. Una Virgen, que es un abismo de perfección y un océano de virtud. Una criatura, en quien se reunieron todas las gracias, cual se reúnen en el mar todas las aguas. Una Virgen, que con el soplo del divino Espíritu ha de revestirse del Sol divino, Hijo del Altísimo, nacido en la eternidad entre esplendores de gloria, y lo ha de dar á la tierra el sol que llena el mundo de su luz. El Cielo se alegra, la tierra se regocija, las cadenas se rompen, la justicia y la paz se dan un ósculo; el pecado huye, el abismo se asusta y se estremece; la escena triste del universo se cambia en espectáculo delicioso al aparecer la Luz inextinguible que ha de brillar en María. Y á la manera que la aurora es la risa del cielo, el placer de los campos, la respiración de las flores, y que con su rocío de miel desarrolla sus capullos; es la melodía del prado y de la selva, es la hermosura de todas las avecillas, por manera, que no hay ninguna tan ricamente adornada con sus matizadas plumas como el jilguerillo, ó tan mal vestida como el ruiseñor, que no rompa el silencio de la noche para celebrar la presencia de la aurora con sus acentos, trinos y gorjeos, sus primeros aplausos.

A su presencia se hermocean los montes con sus crestas de azul y plata; el mar con sus olas brillantadas; los árboles con sus hojas vueltas al cielo para recibir sus benéficos influjos, manifestando su verdor más vivo: las fuentes con sus gargantas más llenas, y su cadencia más sonora; los corderillos á la puerta del aprisco impacien-

tes por salir á pacer la yerba y grama fresca; las fieras retirándose á los bosques y ocultos oteros. Y bien, católicos, estos mismos efectos y circunstancias placenteras advirtió el mundo al ver á María. Los Cielos comenzaron á destilar aquel rocío tan suspirado de los antiguos patriarcas; las puertas del empíreo se abrieron de par en par; y los rayos de la gracia se difundieron por toda la faz de la tierra. El idólatra vió caer sus ídolos y abandonó su fanatismo, bañado con la luz de la verdad. Las flores de las virtudes se desarrollaron, y ostentaron su esplendor en el verjel de la nueva Iglesia. La serpiente y el dragon del abismo, destruido su imperio, se retiró medroso á su lóbrega estancia. El hombre vió hacerse alto á sus desgracias y castigos. Las maldiciones del paraíso perdieron la marca de la divina indignacion. Y la nueva Iglesia llegó á llamar feliz la primera culpa y noche pasada, por haber motivado la llegada de esta Luz, de esta Aurora de la redencion, intimamente enlazada con el nacimiento del Sol, su divino Hijo, y origen de resplandor. ¡Oh día feliz! ¡Oh día de alegría! ¡Oh ventura para un pueblo redimido! Pasó la noche, decía San Pablo, y amaneció el día: apareció la luz que había de disipar las tinieblas. Pasó la noche del error, y rayó la luz brillante de la verdad. Pasó la noche de la idolatría, y llegó el día en que, postrados los simulacros del abismo, fué el supremo Dios adorado en espíritu y en verdad en todo lugar. En vista de esto ved como se explica el abad Ruperto hablando á esta Señora, «Cuando naciste, Virgen beatísima, entónces brilló sobre nosotros una fulgentísima luz, entónces nos amaneció la aurora, nuncio feliz de un día perdurable.» Su nacimiento de la progénie de Abrahán, brillante de la real sangre de David, á quien fué hecha la promesa de bendicion con juramento del Dios de Israel, fué término de los dolores y principio de los consuelos, el fin de la tristeza y el exordio del regocijo. Esta es, dice San Pedro Damiano, la Estrella de la mañana que brilla en medio de la niebla, é ilumina á todo el órbe con su esplendor. Ella es la Aurora á la que siguió el Sol divino Jesucristo, que nació de Ella.

Sí, señores, fallado estaba por el rey Asuero el decreto de muerte contra los judíos, y llenos de tristeza y bañados de lágrimas acudieron á la protección de la famosa Esther. Presentose esta heroica mujer ante el rey, abogando por su despreciado pueblo, y sus súplicas lograron revocar aquel infausto decreto. Y entónces, dice la Escritura, apareció una luz consoladora, y por todas las ciudades, pueblos y provincias resonaron los ecos de la alegría, los saltos de júbilo, y los regocijos de bailes y fiestas. Ved ahí en Esther una imagen

propia de María. Condenados á muerte eterna estaban todos los descendientes de Adán; lloraban sin consuelo, revolviáanse sobre las cadenas de su cautiverio sin haber una mano fuerte que las rompiera. Aparece María, revoca el decreto, quebranta las cadenas, y atrae sobre todos la gracia con el fruto de sus entrañas. Y entónces... ¿qué? Se vió nacer una nueva luz en el mundo todo. Oyose por todas partes la voz del júbilo y del placer; el hombre levantó su cabeza, vió á esta Madre mediadora y llenóse de consuelo.

María, sí, es la insigne Judith, que penetrando intrépida los ejércitos asirios y degollando á Holofernes en su propia tienda, quitó el oprobio á Israel, y mereció los aplausos de su pueblo. María quebrantó la cerviz al príncipe de las tinieblas, puso en confusion sus huestes, destruyó su imperio, y mereció que los hombres libertados de sus garras le cantáran: «Tú eres la alegría del mundo, la gloria del cristianismo, el honor de toda la tierra. Bendito sea tu nombre, pues por Ti hemos participado del fruto de la vida: por Ti, oh Luz fulgentísima, hemos llegado al claro día de la verdad y de las misericordias.»

En efecto, señores, toda una noche anduvo luchando el patriarca Jacob con un ángel, y al rayar el día, deseando poner término á la lid, le dijo el ángel: «Déjame, pues, que ya se levanta la aurora.» Ahora bien; segun la expresion de un intérprete, por este ángel debemos entender aquel Angel divino y del gran Consejo, al mismo Hijo del Altísimo, y por Jacob el género humano. Lidiaron, pues, Dios y el hombre por muchos siglos; lidiaron los profetas, lidiaron los patriarcas, lidiaron todos los justos, desde Abel hasta Simeon, instando é hiriendo los Cielos con sus piadosos ruegos, para que caminando entre tinieblas y sombras de muerte, les amaneciera la luz consoladora. Vió el Hijo del Eterno á María, que cual luz fulgentísima y aurora brillante había amanecido ya al mundo; y entonces, ¿qué me detengo? le dice á su Padre celestial: ¿qué me detengo ya más en los Cielos? ¿A qué lidio por más tiempo con Jacob? Ea, Padre mío, déjame; porque ya ha aparecido en el mundo la luz fulgentísima, la aurora de María. Bajaré porque ví la afliccion de mi pueblo y su triste clamor, bajaré, para libertarle de su esclavitud y de las cadenas que le abruma; pondré un dique á las desgracias que le agobian, disiparé sus tinieblas, y verá él la luz de un claro día. Así se verificó; y con la cándida y suave luz de María cual aurora, y con los brillantes rayos de Jesucristo como sol, queda todo el universo iluminado, alegre y placentero. Y si despues, en el discurso de este día de la ley de gracia, ha abierto el abismo sus bocas, y ha arrojado el negro humo de la

mentira, del error, de la herejía y de la impiedad, que como vió S. Juan en su Apocalipsis, ha llegado á la vez á turbar, y aún casi á oscurecer el sol de la verdad, cual sucede en una tenebrosa borrasca, que interceptados los rayos del sol por las densas nubes, solo queda en la tierra una luz opaca, triste y melancólica, ¿quién ha serenado el firmamento de la Iglesia? ¿Quién ha restituido la calma, la paz, la alegría y la brillante claridad en medio del día de nuestra peregrinación? ¿Quién si no esta estrella María, como á boca llena lo confiesa la Iglesia? Tú sola acabaste con todas las herejías.

Si, amados míos en el Señor, nuestra inclita y especial protectora María es la que, no solo dispó las tinieblas en que estuvo sepultado el universo por muchos siglos, sinó que aún despues ha desterrado toda niebla, toda borrasca, toda sombra de error y de desgracia. Invocad pues á esta Luz fulgentísima, en todo apuro con su celestial Rosario; porque entre tantas oraciones como la devoción cristiana presente al Señor y á su bendita Madre, la oración del Rosario es la más agradable ante el divino acatamiento; la más amada de esta soberana Reina, y la más provechosa para las almas. Invocadla también con el himno *Ave maris stella*, que la santa Iglesia os propone en sus festividades; y en esta solemnidad, bajo el título de la Luz, pedid os la dé para conocer vuestras culpas y el estado de vuestras conciencias; pedidle que alumbre á los ciegos por las pasiones, *profer lumen cæcis*; pedidle que sea nuestra luz en medio de las sombras de esta noche.

Nos dirijimos á Vos, dulcísima Madre nuestra, y con el ángel os decimos: Dios te salve María, más profunda en virtudes y dones del Cielo que el mar en sus aguas. Llena eres de gracia, como el vellocino de Gedeon del rocío de la gloria. El Señor es contigo, como el Espíritu de Dios con las aguas del mar. Bendita tú eres entre todas las mujeres, pues Tú sola tuviste bendiciones de madre con pureza de virgen. Bendito es el fruto de tu vientre Jesús, pues diste en la tierra la cosecha más feliz del Cielo. ¡Oh Santa María! pues eres Madre de Dios, mirad por los que estamos desterrados en este valle de lágrimas; y si nos hemos desviado del camino de los divinos mandamientos, rogad por nosotros pecadores. Miradnos propicia ahora y en la hora de nuestra muerte. *Amen*, así sea, para que agrademos en gracia á Jesús, y despues consigamos la gloria. Que á todos os deseo en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo: *Amen*.

NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED.

DISCURSO I.

Benedictus Dominus... quia hodie nomen tuum ita magnificavit, ut non recedat laus tua de ore hominum... pro quibus non peperisti animæ tuæ, propter angustias et tribulationem generis tui... Et dixit omnis populus: fiat, fiat.

Bendito sea el Señor.... porque hoy ha hecho célebre tu nombre en todo el universo: no faltará tu alabanza de la boca de los hombres, porque has empleado los sentimientos de tu corazón para alivio de sus aflicciones... y éstos darán eternamente señales de su gratitud.

(JUDITH, 13.)

¿Quién es esta mujer tan singular, distinguida con el sello de las misericordias del Todopoderoso, cuyo nombre se ha hecho célebre en todo el universo; que tiernamente compasiva de las angustias de su pueblo ha empleado su poder, su valor, su sabiduría y todos los sentimientos de su corazón para consolarle, y por lo mismo, se ha adquirido el más bien fundado derecho sobre la estimación, el amor, la admiración y los elogios de cuantos en los futuros siglos tengan noticia de sus gloriosos hechos? Es verdad, que las palabras que acabo de proferir, son un cántico de confesión y alabanza con que el pueblo de Betulia tributó sus respetuosos agradecimientos al Dios de Sion, por los privilegiados favores con que rompió sus cadenas, enjugó sus lágrimas, acalló los lastimosos ecos de su llanto, avasalló la mano enemiga que le tiranizaba, y le restituyó á su antigua libertad por medio de la compasiva, la generosa, la grande Judith;